

ANDRÉS PÉREZ, MADERISTA

MARIANO AZUELA

Presentación, edición y notas

Luis Juan Carlos Argüelles Lona

...los cereales han alcanzado un precio sin precedente. El jornalero se nutre de maíz y de frijol. Donde un bracero gana 37 centavos diarios, el maíz vale siete pesos hectolitro y el frijol 14. Pero el gobierno gastará más de 20 millones en la construcción del teatro Nacional, 20 millones en el embellecimiento de la metrópoli, 20 millones en agasajar a los delegados extranjeros, invitados al festejo de esta primera centuria de nuestra independencia nacional. Cuando menos los señores diplomáticos estarán satisfechos de la prosperidad desbordante de los habitantes de la República Mexicana...

Acabé de leer. Mi amigo, el jefe de redacción de *El Globo*, comentó despectivamente:

—Las sandeces de todos los días. El crédito del país estriba en el concepto que de él se tenga en el extranjero y si nuestro gobierno consigue dar una impresión favorable del adelanto que hemos logrado en una centuria de vida propia, cumple con su deber. Sólo un cretino puede vituperarlo por esto.

—Sólo queda en pie el sueldo del jornalero, el precio de los cereales y los millones de pesos que está gastando el gobierno.

Sorprendido, mi amigo me miró a través de sus espejuelos oscuros. Yo no sabré nunca lo que pretendió contestarme, porque en ese mismo momento atrajo nuestra atención una algazara extraña, rumbo de la plaza de la Constitución.

—¡Vaya con estos zoquetes, ahora! —exclamó—. No me imaginaba que la mentalidad de nuestros estudiantes hubiera descendido tanto.

Gran columna de jóvenes bullangueros se vaciaba en la avenida de Plateros en medio de salvas, vivas y aplausos estruendosos. Una protesta contra los Estados Unidos por el asesinato de un mexicano en tierra yanqui.

—Revelan una ignorancia crasa y su irrisoria soberbia. ¿Creen con esto darle una lección al gobierno? No son sacristanes los encargados de nuestras cancillerías.

—Pasma en efecto —le respondí ingenuamente— que estos chicos tan dóciles y mansos de espíritu (el ministro de Hacienda con un mendrugo les ha inculcado el juicio de niños de teta) sean los mismos que se aventuran en actitud tan peligrosa.

Momento en que Luz pasó rozándome como al descuido con la tibia seda de su brazo desnudo. Pero yo estaba resuelto:

—Me regocijo —agregué con entusiasmo— de que la intelectualidad de mañana lave el borrón afrentoso de este gobierno apático, caduco y servil; de que dé esperanzas de ser menos miserable, menos venal y menos canalla que la de hoy.

En la esquina de La Esmeralda mi jefe me despidió con un apretoncito de manos más cordial que de ordinario. Pero yo me sonreí.

Esto ocurrió una noche de noviembre de 1910, a la hora en que México presume de gran capital, emporio de alta cultura y civilización refinada, cuando la calle de San Francisco se constela de luz, de brillantes y de mujeres, en una explosión de la gran vida moderna.

Ya los estudiantes iban cerca de la Profesa y el orden se había restablecido en abejeo rumoroso y brillante, cuando turbose de nuevo al paso de un pelotón de la policía montada. Una especie de cosaco de dormán azul oscuro con galones de oro, conducía una turba de polizontes, rompiendo entre autos y carruajes. Luego todo fue confusión; el gentío se precipitó, ávido de curiosidad, hacia la Profesa; formándose valladares en las bocacalles y a lo largo de las banquetas. Detuviéronse los vehículos de lenta y solemne marcha, los automóviles dejaron de resoplar; se formó triple fila, luego otra y otra más, al último todo fue confusión y desorden y el tráfico se interrumpió. Menestrales revueltos con elegantes perfumados, humildes costureras como ofuscantes muñecas barnizadas. Pero en aquel disimbolismo de gentes predominaba la misma expresión en ojos y en el gesto; la angustia

de la indecisión, el presentimiento de lo que iba a ocurrir. Aquello duró sólo instantes. Allá lejos, donde la turba se aglomeraba sin poder avanzar ni retroceder, se levantó un clamor sordo e irritado, se oyeron gritos de mofa y una silba creciente, creciente como el huracán. Y vino la tragedia. A la luz de los grandes focos de arco, de las millaradas de incandescentes en frontispicios y aparadores, de los reflejos verdes, rojos y aurinos de los *barrooms*, de los salones de cinematógrafo y de los restaurantes, irguiéndose las siluetas azul Prusia, gruesos lomos se encorvaron, tendiéronse brazos musculosos y el brillo siniestro de los sables desnudos hendió aquella magnífica confusión de luz. Las cervices de los asesinos se inclinaron una vez, dos veces, muchas veces. Y las láminas de acero también.

Una oleada de cabezas se estremeció de extremo a extremo de la gran avenida: el clamor sordo de la gente sorprendida primero, espantada después.

En un instante se logró la dispersión de los estudiantes con una poca de sangre asperjada en el asfalto. Los cafres regresaron con la sonrisa del triunfo en sus labios.

A mi vuelta encontré a un preparatoriano, una criatura de doce años apenas. Llevaba un hilillo de púrpura en la frente y sus ojos azules desleídos por el terror. Sus carrillos que debían tener la frescura de las rosas, palidecían como marfil viejo.

Me puse a la mesa y escribí: “Gran escándalo provocado por la policía. Niños perseguidos y atacados como facinerosos”. Un impulso automático adquirido en mis largos años de reportero de *El Globo* me obligó a corregir prontamente el estúpido encabezado: “Graves desórdenes provocados por los estudiantes. La policía obligada a tomar medidas de rigor para reprimirlos”.

Entonces, sin premeditación, me tiré en mi lecho, hice un carrujo con la hoja de papel que acababa de escribir e hice bolitas que una tras otra saltaron por mi ventana a la calle.

Me despertó el cartero.

Una carta de Toño Reyes, condiscípulo del colegio. Estoy de enhorabuena. Nunca recibí invitación más oportuna. Por tanto, una tarjeta al director de *El Globo* y a la calle. Sólo me queda esta noche y toda será para ella. Nada le diré de mi partida. Tendríamos una escena absurda y de una imbecilidad perfecta, puesto que entre nosotros no median más cláusulas de contrato que mis quincenas íntegras a cambio de sus brazos blancos. Y la verdad es que si no me la hubiese encontrado ahora, no cedería a esta última debilidad. Pero cuando mañana espere la *reprise*, una tarjetita mía le anunciará que estoy a 300 kilómetros de este México que me ha mareado, que me ha herido, que me tiene mortalmente fastidiado.

En Villalobos, estación de bandera, el tren se detiene los momentos precisos para que el pasajero ponga los pies en el suelo.

No me doy cuenta todavía de la desolación de donde he caído cuando ya la cadena de negros vagones se desliza a lo lejos en suaves curvas a través de la sabana muerta. Y cuando asciendo la loma de Esperanza, la humareda se diluye como un fugitivo celaje en la diafanidad de la tarde tibia.

La hacienda de Esperanza dista de la estación Villalobos más o menos dos kilómetros; todo es trepar la cuesta y descubrir de un golpe de vista la casa amarilla de persianas verdes, de almagrado friso, ornada a trechos por el encaje metálico de la alameda

yerta. De la inmensa planicie circundada por lejana crestería se alza un ambiente de paz. Ráfagas de aire refrescan mi rostro encendido y me dan a respirar la vaga melancolía del paisaje de oro, con sus grandes baches de cuarzo dispersos siguiendo el culebrero de la arboleda ribereña, bajo un cielo peinado de gris y de ocre crepuscular.

Ahora se destaca la cúpula enmohecida de la capilla y un grupo de peones resalta con el blanquear de sus camisas de manta y los vivos colores de sus jorongos.

De entre ellos se desprende un mocetón barbudo y cejijunto. Paso a paso me sale al encuentro. Lo saludo con sencillez.

Cruzadas las manos tras la cintura, sueltas las alas de su holgada blusa de holanda, levanta la cabeza y me pregunta:

—¿Qué busca por aquí, amigo?

Su tono y continente me molestan; pero seguramente no he venido al rancho a seguir escuchando la voz meliflua de mi jefe de *El Globo* ni a recibir las caras caricias de mi amiga Luz.

—Deseo hablar con tu amo.

El palurdo me mira con altivez de arriba abajo, se levanta la cintura de su ajustado pantalón de gamuza y haciendo rechinar sus zapatos de vaqueta, me contesta casi insolente:

—Al patrón no se le habla... Lo que tenga con él puede arreglarlo conmigo.

Me cohíbo, no por grosería de este zoquete, sino porque me obliga a tomar una actitud que no deseo. Pienso en que toda esta piara de desventurados tiene tal vez como el mal menor, soportar el látigo de este mentecato capataz.

Vuelvo mis ojos compasivos hacia ellos y me quedo sorprendido. Unos me miran embobados, otros muestran sus dientes tras los belfos colgantes y todos muestran estar muy divertidos con mi persona. Y acaban por irritarme.

—Oiga, don Petate, vaya a decirle a Toño Reyes que yo, Andrés Pérez, estoy aquí... Porque yo soy Andrés Pérez, so bruto... sépalo usted, archiestúpido...

El mocetón vacila como si mi nombre le hubiese hecho efecto. Algo, de todos modos, lo convence de que debo ser alguien. Y paulatinamente se quita el sombrero, me mira con timidez de perro castigado y acaba por darme una excusa entre dientes. Luego me ruega lo siga y me instala ya con buenas maneras y con todo respeto en una banca de hierro, bajo un cobertizo de tejas rojas.

Toño salió con los brazos abiertos:

—¡Andrés Pérez, Andrés Pérez, tú por acá! ¡Qué sorpresa tan agradable!

Me miró fijamente.

—Eres el mismo de hace cinco años, para ti no han pasado inviernos.

—Yo no sé qué decirte, Toño Reyes; esa barba tan crecida y majestuosa te da cierto aire extraño, algo así como de obispo armenio o capitán de forajidos... Con todo, te encuentro un poco pálido...

Debí hacerle daño con mi observación, la limpidez azulada de sus ojos claros se ensombreció. Con voz trémula me dijo:

—No un poco, Andrés amigo, mucho... demasiado...

Pero en cuanto entramos recobró su regocijo. Ansioso de charlar conmigo no me dejó siquiera sacudir el polvo de mi ropa. Me llevó al mirador con vista al ocaso y en seguida comenzamos a resucitar nuestros cinco años de preparatoria en el colegio del Estado. Pasaron por nuestra memoria todos nuestros compañeros y un sinnúmero de aventuras. Y mirando caer la tarde en la paz abrumadora de aquellas soledades nos dejamos perder en el dédalo de los recuerdos, hasta que el frío húmedo del invierno incipiente lo hizo abotonarse el paletó y carraspear con una tosecilla seca e impertinente.

—Ve a cambiarte y vuelve para presentarte con mi mujer. En el fondo, la primera puerta de la derecha. Allí se te ha arreglado tu habitación.

—Oye —me detuvo—, ¿y las Vizcarritas?

Me turbé. No había previsto la pregunta.

—Luz está en México, somos amigos... Chabela vive en Guadalajara.

No reparó en mi emoción. Pensativo, con una sonrisa a flor de sus labios, me dijo:

—¡Cómo quería a Luz!, ¿te acuerdas? Creo que estaba enamorado realmente de ella.

Estaba ya dispuesto a reanudar la charla, pero la tosecilla seca lo asaltó de nuevo.

Tornose bruscamente mustio y sombrío y agregó:

—Anda, te esperamos en la sala. En otra ocasión platicaremos de ella.

Y lo dejé con su mirada turbia y desconsolada.

Se llama María. Un poquillo afectada en el vestir. Se lo perdono por dos razones; en primer lugar porque tengo la debilidad de creer que mi presencia pudo influir en su tocado; en segundo porque tiene unos ojos atrozmente perturbadores.

—Desde principios de septiembre lo esperábamos —me dijo con gravedad enfática.

—Sólo Toño que me conoce, señora, puede imaginarse el esfuerzo que habré realizado para resolverme a salir de México. Por lo demás estoy profundamente agradecido; hace dos años me están invitando.

—Toño lo quiere mucho, siempre está haciendo recuerdos de usted.

—¿Verdad que nos quisimos como hermanos, Andrés?

—Nuestra amistad fue proverbial en el colegio.



—Pues que eso le valga para que no le canse pronto esta vida del campo. En otoño siquiera hay muchas flores; pero ahora no va a ver más que hierbajes secos, charquitos donde apenas se moja uno los pies y este frillecito de invierno que se cuele hasta los huesos... y estas noches largas, largas, interminables.

—Andrés adora el campo, María.

—Un pedazo de tierra virgen me hace olvidar el resto del universo. Para mí el campo es en todo tiempo sencillamente divino.

—Es extraño en una persona como usted, habituada ya a la vida activa de la capital.

—Detesto la capital.

—¡Jesús!...

Mi contestación parece asombrarla, pero sospecho que su magnífico gesto de pasmo sólo es la ocasión aprovechada para mostrarme la hermosura fascinante de sus ojos negros, de una negrura casi trágica.

Toño vuelve a toser y reparo de nuevo en su palidez acerada y me pregunto si este bellísimo demonio de mujer no tendrá parte muy principal en el desastre de mi amigo.

—En efecto —me respondió, luego de escuchar la relación de los acontecimientos que me hicieron salir de México—, el gobierno se ha burlado no sólo de esos maderistas ingenuos y confiados, se ha burlado de la nación entera, sanguinaria y pérfidamente. Pero yo auguro que esa burla va a costarle cara.

—Es posible, Toño. Se siente un malestar extraño, algo subterráneo y oscuro; los mismos presupuestívoros están ya divididos. Los desaciertos incesantes de esta malhadada administración tienen muy disgustado al país. Vivimos y respiramos en una atmósfera de plomo. Se tiene la presunción de que algo grave va a ocurrir.

—Pero ¿por qué no se traduce esa inquietud en la prensa, Andrés?

—¡La prensa! Tú no sabes que la prensa atraviesa una época de terror. Violando leyes y garantías el gobierno no ha dejado subsistir sino esos mismos periódicos asalariados por él. Los demás aparecen y viven un día, porque en seguida sus redactores son puestos en prisión. No ha quedado huella alguna de independencia y esa prensa oficiosa, prensa albañal, es la muestra evidente de lo que pueden la insolencia, la maldad y el cinismo de los escritores de alquiler.

—Por algo el gobierno envió financieros a aprender periodismo a los Estados Unidos.<sup>1</sup>

Confieso honradamente que mi elocuencia comenzó a pesarme.

—Pero ¿no trabajas, pues, en *El Globo*? Me pasma oírte hablar así.

Mis veinticinco años, delante de una mujer guapa, se hacían incompatibles con los arduos problemas de la política. Decidido, di un vuelco a la conversación y caímos precisamente sobre las faldas trabadas, última novedad metropolitana. María las encontró sencillamente execrables; pero como estaban de moda y tenía proyectado un viaje a México, ya se había mandado confeccionar dos trajes de ese corte. Sonríó entrecerrando sus ojos soñadores. Seguramente se miraba ya destacando su fina silueta en el ajuste escultural más acabado.

Me interrogó acerca de colores y formas de sombreros. Debí haberle contestado un despropósito, porque hasta el bonachón de Toño rio a mandíbula batiente.

Pasamos al comedor. Mi amigo destapó unas sidras. Y él, que nunca se distinguió por abstemio, ahora fue un autentico espartano mirando levantar nuestras dilatadas copas, con sus ojos extrañamente brillantes.

---

<sup>1</sup> Con la expresión periodistas financieros, Mariano Azuela engloba un periodismo a la norteamericana donde la información se organiza pulcramente por temas pero quedan fuera la crítica y la objetividad. Es el tipo de periodismo que *El Imparcial* (1896-1914) publicó en el México porfirista.

A las once me despedí. María se acordó de mi opinión acerca de los sombreros de moda y volvió a reír con desenfado. Pero en esta vez ni enrojecí siquiera: el champaña había roto las barreras.

Cuatro frías paredes y una gran ventana sobre el campo. Masas confusas que se esfuman en la oscuridad, chirriar incesante de grillos, el desmayado aullar de un perro en la lejanía y una que otra estrella indecisa en el cielo borroso. La austeridad de mi habitación es sedante.

Dos o tres veces desperté oyendo la tosecilla reseca y pertinaz y mirando un par de ojos negros, tempestuosos. Al despertar por la mañana me acuerdo de los brazos blancos de mi amiga Luz.

Todos los días salimos a caballo, pero cuando nos engolfamos en tópicos de política o Toño está de mal talante, María se abstiene de acompañarnos.

Mi paseo predilecto es la presa. Me place tirarme de bruces al pie de un mezquite y mirar la inmensa plancha de acero repujado, oír los chorritos de agua que se filtran por las piedras musgosas de las compuertas y se desparraman en un lecho de guijas relavadas. Busco a veces una orilla sombreada de sauces, me desnudo y me tiro al agua. El chapoteo ahuyenta los patos que primero parpan asustados y luego se estiran en tardo vuelo por los tulares. Me froto la piel con cogollos de jaral y, al salir del agua fría, siento raudales de vida.

Una mañana, estando dormido todavía, entró Toño muy apresurado.

—Andrés, Andrés, despierta. Acaba de llegar el correo. Ocurren graves acontecimientos. Te traigo la buena nueva, agorero de pacotilla, tus previsiones políticas se

realizan. Regocíjate de tu perspicacia, sociólogo cimarrón... Lee aquí y dispénsame de haberte despertado tan temprano.

Abrí los ojos sin comprender. Apartó un periódico y me desplegó el letrerote en las narices:

LOS SUCECOS DE PUEBLA. CÓMO MURIÓ AQUILES SERDÁN. MOVIMIENTOS SEDICIOSOS EN LA FRONTERA.

Me froté los párpados, me incorporé en la cama y comencé a leer. Como la correspondencia de Toño le llega con una semana de retraso, nada sabíamos de los graves acontecimientos que estaban conmoviendo a todo el país. El complot maderista descubierto, la familia Serdán atacada en su misma casa en Puebla, por su resistencia a la policía. Numerosas aprehensiones en la capital y en los Estados y los primeros movimientos revolucionarios en Chihuahua.

A cada instante Toño me interrumpía con vivas exclamaciones y furibundos comentarios.

—¿No te parece que el gobierno ha sobrepasado ya los límites de la infamia?

Mis ojos azorados giraron en torno.

—Nada temas —me confortó mi amigo— estás en tu casa. Aquí se puede decir la verdad, gritar la verdad, cantar la verdad. No estás ya entre polizontes asesinos, bandidos de pluma y casaca. ¡Andrés amigo, la mecha está prendida!

Su entusiasmo me hacía sentirme ridículo. En ocho días de vida campestre mi cuerpo ha recobrado la salud y mi espíritu la serenidad. Y con esto, naturalmente, mis arrestos de político ocasional se han evaporado. Si abro la boca ahora, mis tiradas de revolucionario asomarán al instante su pobre ley. Toño me ha traído la memoria al colegial

que en la noche del grito tomaba por asalto las rejas de una ventana para pronunciar discursos incendiarios y descendía en brazos de la plebe a recorrer las calles en hombros. Un Toño Reyes muy distinto del de ahora.

—Don Porfirio debe crear una condecoración especial para premiar a sus bravos. Todo un batallón contra cuatro o cinco diablos y media docena de mujeres. Andrés Pérez ¿de qué lado están los héroes en esta jornada? ¿De qué lado han quedado la cobardía y la infamia?

Daba vueltas a lo largo de la pieza. De pronto se detenía, me arrebatava el periódico de la mano, para que mejor lo escuchara.

—¿Se han vuelto idiotas, pues, estos periodistas que no saben poner un comentario siquiera al pie de la información de esta cobarde hazaña? ¿Qué tienen tus colegas, amigo Andrés?

—Un malecillo que en términos decentes llamamos miedo, Antonio amigo. Pero como es un mal secreto se le esconde, se le esconde bajo la máscara de la imbecilidad.

—Pero si son tan cobardes así, ¿para qué escriben entonces, Dios del cielo?

—¡Qué cosas dices, Antonio! Escriben para ganar dinero.

—Creo que calumnias a muchos de tus compañeros. Hay escritores muy honorables que no escriben para eso.

—Sí, pero no periodistas... Son del mismo género de ese pobre diablo de Serdán... cándidos que acaban en una prisión si bien les va.

—¿Y tú nunca te has sentido capaz de ser alguno de esos candorosos?

—Gracias, Toño... no fumo...

Me miró sañudo, con ojos muy sorprendidos.

Mi prestigio revolucionario acababa, pues, de rodar por los suelos.

Entre la correspondencia que me entregó venían algunos números de *El Imparcial*.<sup>2</sup>

—¿Tú lees *El Imparcial*?

—Leo cuanto me cae en las manos. Es una costumbre deplorable si tú quieres, pero me acomoda a maravilla.

—Entonces tus charlas de política no han sido sino una burda farsa, entonces todo lo que has pretendido es sondear nuestras opiniones.

Me fulminó con sus ojos. Yo no le respondí y seguí leyendo como si tal cosa. Habló, habló; encolerizándose más y más al calor de sus frases. Creo que insinuó que yo era un espía y no recuerdo qué otras injurias. Impertérrito, continuaba mi lectura. Hasta que encontré una coyuntura para recobrar terreno:

—Mira, Toño, acércate y lee. Aquí está el *clou* de la hazaña de Puebla. Regocíjate conmigo. Robespierre rusticano. Esta sola frase vale un potosí.

Tomó el papel y leyó en voz alta:

—“Las armas nacionales se han cubierto de gloria.” ¡Canallas!

—Remate muy bello.

—Esto no es cosa de risa, Andrés. Estas palabras son el cinismo y la bellaquería llevadas hasta...

—Hasta lo sublime. Pero ¿quién mejor para cantarlas que *El Imparcial*?

Atiné. Toño, humanizado, me otorgó su mirada de perdón y cordialidad. En seguida estrujó con furia el diario e hizo un auto de fe con él, lo que le produjo un fuerte acceso de

---

<sup>2</sup> *El Imparcial* (ciudad de México, 1896-1914). Primer diario capitalino que organizó las noticias en columnas más o menos fijas siguiendo modelos periodísticos estadounidenses. Cabe destacar “La Semana Alegre”, firmada por Tick-Tack, uno de los seudónimos de Ángel de Campo (1868-1908) y “La Semana”, firmada por Amado Nervo (1870-1919) y por Luis G. Urbina (1864-1934). *El Imparcial* fue propiedad del empresario Rafael Reyes Spíndola (1860-1922) y recibió subsidio del gobierno. Gracias a que contó con una avanzada tecnología de impresión logró ser el medio informativo más difundido. Algunos directores del periódico fueron Reyes Spíndola, Carlos Díaz Dufoo (1861-1941) y Salvador Díaz Mirón (1853-1928). *El Imparcial* publicó su último tiraje en medio de la caótica salida de Victoriano Huerta (1850-1916) de México.

tos y a mí me levantó de la cama hacia la ventana para dar salida a los restos negruzcos y asfixiantes de mi *Imparcial*.

Media hora después nos reunimos en el comedor. Silencioso ahora, deprimido, Toño no agregó una palabra más al asunto palpitante. Luego salimos los tres a pasear a caballo.

—Viene ahora muy deprimido —le dije a María, observando que se retrasaba.

—Es la primera vez desde que usted está aquí. Regularmente no son días sino semanas enteras las que dura así. Ese mutismo suyo me mata.

—Tal vez por su enfermedad.

—Sí, eso es, eso es —me respondió bajando mucho la voz y haciendo una mueca de niña mimada con derecho a que se la compadezca.

—¿Y hace mucho que se ha vuelto así?

—Lo conocí de recién vuelto del colegio, fuimos novios seis meses apenas y en seguida nos casamos. Pronto comencé a observar esas ideas raras que tiene y esas extravagancias y esas genialidades tuyas que tanto me mortifican.

De pronto nos dio alcance al trote largo de su caballo.

—Hace dos horas, Andrés —me dijo con la gravedad más cómica— Aquiles Serdán era nadie para mí; hace dos horas que no puedo pensar sino en él y con una infinita tristeza. Explícame esto, amigo Andrés.

Me sentí tentado a reír. Una mirada mía se cruzó con la de ella.

—Toño, te advierto que tu caso debe ser de la más alta psicología; pero debo decirte que los psicólogos, astrólogos y demás yerbas de la familia me producen un efecto emético absoluto.

María me festejó y casi me dio las gracias; pero él me miró con miseratadamente, quizá con desprecio.

Fuimos a unas tierras en volteo para las próximas siembras de trigo. Habló largamente con Vicente el mayordomo. Dos veces se apeó del caballo, una para arreglar el registro de una sembradora y la otra para enseñar a un peón novato a tirar el surco en línea recta. Ya su tristeza parecía haberse disipado.

Al regreso no me dirigió la palabra en ninguna ocasión. Por hacerlo hablar le hice cualquier pregunta y me respondió con una frase breve, seca, cortante. Me cohibí.

Después de algún tiempo María me preguntó que si la enfermedad de su esposo sería contagiosa:

—¿Por qué? —le dije con cierta alarma y sin comprender.

—Porque ahora usted también ha enmudecido —agregó sonriendo.

No sin torpeza, le aseguré que los rayos cenitales tenían la propiedad de abrumarme. Volvió a reír:

—No le haga caso, es extraordinariamente nervioso, ya verá cómo se contenta luego.

Pero esa misma tarde le dije a Toño:

—Deseo regresar a México. He descansado suficientemente y me siento con bríos para volver a la brega.

—¿Te has fastidiado ya? —me respondió con sencillez.

—Voy profundamente agradecido por tus atenciones y las de tu señora. Estos favores sólo se pagan con gratitud. Pero debes comprender Toño, que todos debemos trabajar.



—¡Basta! No quiero que me digas más. Deberías ser menos reservado conmigo. Pero ese ha sido tu carácter desde que naciste y no te puedo exigir imposibles. Todo lo que hay es que en cuestión de política no podemos entendernos. ¡Perfectamente! No hablaremos más de política.

No me permitió replicarle. El mayordomo entró con unas cartas. Observé que me miraba con rara insistencia.

Toño abrió un sobre y leyó una hoja tamaño oficio. A medida que leía se demudaba. Creí inoportuna mi presencia e intenté salir; pero él, sin quitar los ojos de los renglones, me detuvo con una señal de su mano. Me miró luego con la misma mirada extraña e inquisitiva de su mayordomo.

—Que pongan el *buggy* en seguida, Vicente. Y a los gendarmes que pueden retirarse. Personalmente iré al arreglo de este asunto.

Vicente salió y Toño, acercándoseme misteriosamente, me preguntó en voz muy baja:

—¿Tienes algo pendiente con la justicia?

—Absolutamente.

—Pues mira... lee eso...

Me fui de espaldas. Orden de aprehensión contra “el llamado Andrés Pérez que se encuentra alojado en esa finca, desde hace dos semanas”.

—Éste es un error. Un homónimo tal vez.

—Te juro que no comprendo nada, Toño.

—De todas maneras yo debo ir a la población a arreglar este asunto con el director político.

—Estoy segurísimo de que aquí hay un error. Pero no quisiera molestarte...

—Por más que se trate de una equivocación, ésta puede costarte un mal rato. Te meten a la cárcel una o dos semanas para despedirte luego con “usted dispense”, que no habría de saberte a gloria.

Cerraba ya la cortina de su escritorio, cuando levantó una carta que se le había caído y la abrió:

—¡Pero esto excede a toda ponderación... ja... ja... ja...! —exclamó dándose una gran palmada en la frente—. ¿Con que ésas tenemos, Andrés amigo? ¿Con que eres todo un terrible, Pérez? “Agente revolucionario de don Francisco I. Madero”, así te han denunciado. Vienes a esta casa nada menos que a levantarme la gente.

Y mientras él reía con loco regocijo, yo me puse más frío y descolorido que un muerto.

—Esto no es cosa de risa, Toño. Puede ser algo muy grave para mí.

—¡No me lo digas! ¡Si habré creído que tú, el discretísimo, el selectísimo, el sapientísimo Andrés Pérez, es un verdadero revolucionario!

En otra ocasión la broma me habría parecido sencillamente idiota; pero ahora me ponía los nervios como cuerdas de piano viejo.

Él lo comprendió y cambió de tono.

—Vamos a ver, ¿qué significa todo esto? Explícame...

—Todo es mentira... una calumnia estúpida...

—Por eso he comenzado por reírme... He creído en una broma de mal gusto y no más.

—Pero en estos momentos una broma de éstas puede costarle a uno el pellejo. Sobre todo, en este caso, no es una broma sino una venganza vil.

Le referí mi choque con mi jefe de *El Globo* y las rencillas frecuentes que con él había tenido por diferencias políticas.

—Tú sabes que ahora se ha desencadenado una persecución terrible contra los maderistas de todo el país y que basta una denuncia para asesinar sin más a cualquiera.

—Tienes razón, Andrés.

Permanecimos largo tiempo en silencio, abstraídos en nuestros propios pensamientos.

—¡Ah! —exclamó de pronto—, ahora comienza una nueva etapa, pero funesta para ellos. Los señores bandidos porfiristas no se limitan al pillaje y desenvainan los puñales. Sólo que van a tener que habérselas con 12 millones de mexicanos que saben ya quiénes son ellos, porque los están mirando en cueros.

Excitado de nuevo, lanzaba invectiva tras invectiva contra el gobierno, igual que por la mañana. Sólo que mi actitud era diversa. No pude ser más la divinidad india ante quien todo acontecimiento humano es indigno de la menor atención. Hasta pude comprender a Toño Reyes llorando por la muerte de Aquiles Serdán.

—Creo que Toño no regresará hasta mañana. La noche está helada y el frío le hace daño.

No me atreví a insinuar nada a propósito de su viaje a la población. María se abstuvo igualmente de toda alusión. Pero o algo trasuntaba o él se lo había dicho ya; durante la hora de charla que sostuvimos de sobremesa sobre meras futilidades, de vez en cuando fijaba sus ojos en mí con la misma fijeza que Toño y Vicente por la mañana. Se me figura que en más de una ocasión me miró y me habló con seriedad y casi respeto. ¡Deplorable! No me agradaría convertirme en personaje de novela. A punto fijo no sé lo

que piensa de mí, pero seguramente ni mis años ni mis maneras me dan carácter. Lamentaría de corazón su cambio: una mujer que deja su frivolidad es algo que no sirve ya para nada; bibelot descabezado, cenzontle mudo, juguete roto.

Después de sendas tazas de café, cierto de que Toño no regresaría, me despedí de María y entré en mi cuarto bastante nervioso. La noche fue de inquietud febril. Mi cabeza era una batahola de gendarmes, rurales, policía secreta; pensamientos extravagantes e ideas inconexas y desparpajadas. Cuando, fatigado, creí por fin que el sueño me rendiría, el rumor más débil me despertaba aumentando mi hiperestesia. Todo crecía desmesuradamente en mis oídos, el crujir de los goznes en la ventana empujada por el viento, el estremecimiento de la madera del ropero, el cierzo que susurraba afuera como tenue y vagoroso lamento.

Al otro día entró Toño muy contento.

—Todo se ha arreglado. Eres mi prisionero. Los rurales tienen tu filiación y claro es que no podré ser responsable de ti si sales de los linderos de Esperanza. Cosa de la que me regocijo, porque ahora sí te tenemos por algún tiempo en casa.

—Muy agradecido, Toño; pero este nublado no pasará de una o dos semanas. El gobierno tiene fuerzas suficientes para aplastar este movimiento estúpido y cesar en sus persecuciones odiosas.

Enrojeció, mirándome con mirada desdeñosa.

—¿Un par de semanas para sofocar esta revolución?

Le retozaba la gana de hablar. Me miró otra vez con suspicacia, me entregó mi correspondencia y salió en seguida sin agregar ya más.

Unos periódicos y una carta perfumada. Renglones chuecos, apretados de disparatitos deliciosos y desbordantes de amor; una almita ingenua y apasionada que se

desborda... ¡Bravo, mi querida amiga! Sólo tú que sabes en dónde estoy pudiste comunicarle la noticia a mi jefe de *El Globo*, a mi encarnizado enemigo que me ha denunciado como maderista y revolucionario. ¡Eres un encanto, mi pérvida Luz!

Quince de enero.

—Hoy cumple veinte años.

Su voz es diáfana como el cristal y en su rostro esplende la fresca mañana.

Rudo contraste con este pobre de Toño Reyes.

Como se esperan visitas, se ha engalanado. Sus diminutivos choclos de charol y altos tacones, su talle esbelto, su ropa ajustada, su cabeza trágica como arrancada de alguna ilustración de los cuentos de Jean Lorrain, todo en ella trema la coquetería más intencionada.

En previsión del cónclave que formara la gente masculina para tratar la “cosa pública”, formo mi plan de evasión. Indefectiblemente me viene mejor la proximidad de una falda de seda que las hispidas y malolientes barbas de los machos patriotas.

Es singular lo que me ocurre: desde que la gendarmería me vigila ha cundido como mancha de aceite el rumor de que soy agente revolucionario de don Francisco I. Madero. Del jayán al padre cura no hay quien no me pregunte “cómo anda eso”. No pocos me piden el santo y seña de Pascual Orozco, de José de la Luz Blanco<sup>3</sup> y del Demonio. Toño se desternillaba de risa cuando me sorprende perorando, a efecto de desmoronar esta absurda

---

<sup>3</sup> José de la Luz Blanco (1866-1933). Su carrera opositora inició en el magonismo para luego afiliarse al antirreeleccionismo. En enero de 1911 se levantó en Temosachic, Chihuahua. Al mando de una columna, sostuvo combates contra las tropas federales, destacando los que libró en La Angostura y en La Cantera, en el valle de San Buenaventura, Chihuahua. Acompañó a Madero y a Villa a lo largo de la campaña revolucionaria. Participó en el ataque y toma de ciudad Juárez en abril y mayo de 1911. En 1912 combatió el orozquismo.

leyenda. Pero el resultado es inverso del que busco: mi gesto, mis palabras se interpretan como habilidad para despistar, como pura estrategia. Y lo peor es que las dos semanas que *El Imparcial* y yo otorgamos a los latrofaciosos para dejarse despachurrar por don Porfirio se han convertido en meses dobles y la Revolución va en auge. Motivo por el que este agente revolucionario del señor Madero vive en una atmósfera extraña, la veneración de muchos y el terror de no pocos.

Vicente el mayordomo, por ejemplo, que me acogiera con gesto majadero y después con manifiesta prevención, ahora se desvive por velarme el pensamiento. Me ha ofrecido acompañarme cuando salga de paseo “porque él se ríe de la gendarmería rural”. Los escribientes que no reparaban en mí o fingían ignorarme, ahora me saludan con una sonrisa de sobrentendido y alguno de ellos hasta se cuadra en actitud militar y me dice: “Buenos días, mi jefe”. Sin que yo procure noticias, el llavero me tiene al tanto de los menores movimientos de los rurales. Un comprador de ganado que viene a menudo de la hacienda, después de secretarse con los escribientes, me miró muy expresivo y, al despedirse, dio un apretón de manos que me dejó gafos los dedos. Pero no a todos les hago el mismo efecto. Ayer, como me hubiera extraviado del camino a mi regreso a la hacienda, después de mi paseo vespertino por la falda de la sierra, me encaminé hacia un arroyo a pedir la vereda a unas mujeres que llenaban sus cántaros de agua. Verme y echar a correr todo fue una. Y no salía de mi asombro cuando descubrí tras unas viejas tapias ensalitradas la cabeza enmarañada y cana, los ojos azorados de un hombre que me apuntaba con su carabina. Permanecí estático. El viejo comprendió su error y desvió la puntería.

—Dispense el patrón, pero está uno tan espantao con eso de la Revolución, que todos andamos con el Jesús en la boca.

Quise explicarle, pero no me dejó hablar. Él sabía bien quién era y lo que estaba yo esperando en la hacienda. Me rogó que “por el amor de Dios y lo más sagrado de mi familia no lo perjudicara a la hora de la leva, que tenía mujer y muchos hijos y él estaba ya muy mayor”.

El hombrazo acabó con los ojos llenos de lágrimas.

He sabido después que este buen hombre, lo mismo que otros peones, han construido excavaciones para ocultarse cuando llegue la Revolución hasta acá. Evidentemente los intelectuales y los parias coincidimos en nuestro amor a la paz.

Mitus, el personaje infeliz de Víctor Catalá, se enterraba una navajita en sus carnes, la volvía y la revolvía destrozando y dilacerando las fibrillas más sensibles de su cuerpo hasta hallar una voluptuosidad suprema en el espasmo de su dolor. Cuando al mediodía, lejos de las tibias faldas de María o de cualesquiera otras de sus amiguitas, me rodearon los temidos políticos, apurando sendas tazas de café con aguardiente, me acuerdo de Mitus y, valientemente, antes que nadie haya puesto las manos en el tapete, irrumpo:

—¿Y de política cómo vamos?

Uno de ellos, de cabeza gris, totalmente afeitado, robusto, pero no con la pétrea musculatura del campirano, sino con la gordura fofa del hombre de gabinete, tomó la palabra con gravedad. Me temo que sea un tal don Octavio, dueño de la hacienda de La Cruz Alta, de quien Toño me ha hablado en diversas ocasiones, ora con grandes elogios, ora con desdén manifiesto. La última vez, me dijo:

—Voy a invitarlo para que lo conozcas. Ha leído mucho, pero me temo que sus opiniones no sean más que la resultante de la indigestión de sus lecturas.

Don Octavio, en efecto, dijo con aplomo:

—Los desaciertos del gobierno aumentan la gravedad de la situación del país. Se siente la senilidad, la decrepitud del dictador. Nos tenía acostumbrados a su dictadura cuerda, lógica, tolerante; pero la conferencia Creelman no ha sido una colosal inocentada, sino un pecado mortal. Y la fundación de esa cloaca que se llama *El Debate*,<sup>4</sup> es el golpe de muerte que el gobierno se asesta en pleno corazón. Pero un organismo normal, ni en la senectud apela al suicidio.

Hace breve silencio, alisa su cabello peinado impecablemente, reclina unas hebras lacias, muy limpias, sobre su temporal izquierdo y prosigue:

—Lo de Puebla, por ejemplo...

O toda esta gente está loca o el único loco soy yo. Eso de que la “situación” esté perdida, es algo que no me cabe en la cabeza.

—Sí, lo de Puebla ha sido horroroso —dice Toño.

Encendidas las mejillas tose repetidas veces, cansado como si hubiera pronunciado un largo discurso. Luego se le apagan los carrillos sin más rastro que unas pequeñas manchas rojizas. Tal vez comienza la calentura.

Entran otros dos invitados. Uno de ellos, recibe el tratamiento de mi coronel.

—De Aquiles Serdán, por ejemplo —prosigue don Octavio— el gobierno ha hecho un héroe.

—Y de pundonorosos soldados, de sus leales servidores, ha hecho unos bandidos auténticos, unos asesinos cobardes.

---

<sup>4</sup> *El Debate (Ojo por ojo diente por diente)*. Se publicó los miércoles y sábados del 5 de junio de 1909 al 12 de noviembre de 1910. Sus oficinas se ubicaron en el edificio de La Mexicana esquina Plateros y San José Real. Tuvo un costo de un centavo para el Distrito Federal y de cinco centavos para el interior de la República. Su director fue Guillermo Pous y el jefe de redacción, Luis del Toro. El periódico se fundó para apoyar al grupo de los Científicos durante las elecciones de 1910.



Ansioso de opinar pesca la palabra mi coronel. Es un viejo de cincuenta a sesenta años, doblado de carnes, chaparro, burdo, con aspecto de asaltante de camino real. Ladra en vez de hablar y alarga sus getas de tal manera que se siente la inminencia de un mordisco. Sus bigotes son como pelos de puercoespín. A punto fijo no sé qué es lo que discute. En un *totum revolutum* danza la Guerra de Tres Años, la ley de aguas vigente,<sup>5</sup> la Revolución en la frontera y los mochos que él personalmente ejecutó en la última revuelta: tantos que con sus calaveras alcanzaría a pavimentar una calle.

Lo creo. Ríe mostrando unos colmillos podridos, unos ojos como lumbre y sus narices esponjosas y amoratadas por el alcohol.

Me aburro. Acompaña a mi coronel un enano enfatuado e insolente, arrancado de un retablo de Velázquez, que pone a Madero como Dios puso al perico. Toño, modelo de caballeros, no puede soportarlo más y estalla:

—¿Usted dice que Madero es un imbécil? ¿Usted cree que Madero es un loco? ¿Y usted se cree escritor?

¡Escritor! No cabe duda: los hombres de pluma somos unos tipos insoportablemente simpáticos. Juro por Dios vivo no haber tropezado en mi vida con un ejemplar de esta fauna sin sentir el deseo más sano y santo de verlo reventado como un sapo.

—Sí, señor. Todo hombre de buen sentido no puede juzgar a Madero sino como un tonto o un loco. ¿Enfrentársele a nuestro gran presidente?

—Mire usted, don Cuco —responde Toño fuera de sí— si por fortuna para nuestro país Madero obtiene el éxito que me merece, todas esas gentes de buen sentido, y usted el primero de ellos, proclamarán a voz en cuello a Madero como una de las figuras más

---

<sup>5</sup> En 1888 las leyes de aguas contribuyeron a fortalecer el poder de los latifundistas. El gobierno de Porfirio Díaz (1830-1915) se declaró dueño de los recursos naturales, en particular de los fluviales, y otorgó concesiones a los hacendados para controlar extensas zonas hidrográficas.

grandes de nuestra historia. ¡Madero un hazme reír, Madero un loco! También Hidalgo fue un loco y un imbécil hasta el día en que a machetazos impuso la independencia de México a los hombres de buen sentido. Juárez también fue un idiota hasta el día en que a machetazos les impuso a los hombres de buen sentido la libertad de pensamiento. Pero los que tenemos la dicha de no formar parte del gremio de los hombres de buen sentido, don Cuco, ya tenemos colocado a Madero como una de las figuras dignas de levantarse al lado de Hidalgo y de Juárez.

—¡Qué disparate, señor don Antonio!

—Disparate y con de mayúscula —ganguea el coronel.

—¿No es usted de la misma opinión? —me pregunta intempestivamente el periodista.

—Sí, don Cuco.

Mi respuesta es seca. Sigo fumando distraídamente mi cigarro, mientras él me lanza una mirada furibunda y de nuevo se dirige a Toño:

—Comparar a Madero con Hidalgo y con Juárez es simplemente descubrir un desconocimiento hasta de las nociones elementales de nuestra historia. Madero es un ambicioso vulgar y un perverso charlatán enriquecido como fabricante de vinos. El famoso Vinatero de Parras, envenenador de nuestro pobre pueblo con sus infames aguardientes.<sup>6</sup>

—Sólo un hombre puede resistir la comparación con Hidalgo y con Juárez, don Antonio —clama el coronel— y ese hombre se llama Porfirio Díaz.

—Un tráfuga caído en los brazos del partido conservador.

—¡Boberías! El partido conservador está bien enterrado y enterrado para siempre.

---

<sup>6</sup> Vinatero de Parras, mote peyorativo de Francisco I. Madero. Debido a que la familia de Madero se dedicaba a la vinicultura, el sobrenombre relaciona el consumo de bebidas alcohólicas con la debacle moral del pueblo mexicano.

—El nombre es lo de menos. El partido es el mismo: descendiente legítimo de los encomenderos enriquecidos con el sudor y la sangre del indio, el de los congregados de la Profesa, el mismo que hizo un trono para Iturbide y otro para Maximiliano. Ese partido que ahora no cree en Dios porque Dios ya no le sirve de nada; pero que si mañana lo necesita irá a buscarlo llenando las catedrales. Siempre el mismo toda la turba famélica e insaciable de esta raza infeliz mexicana. ¿Qué opina usted de esto, don Octavio?

Se hizo repetir la pregunta. Don Octavio es un espíritu superior que sólo tiene oídos para escucharse a sí mismo, me ha dicho Toño.

—No hay que juzgar a los hombres públicos por sus intenciones, sino por sus realizaciones. Porfirio Díaz se levantará siempre como una figura simbólica: la paz. Su acción se ha desarrollado en momentos urgentes de reposo, cuando el país ha estado a punto de perecer por la falta total de sus fuerzas. Porfirio Díaz no es la droga que cura, pero sí es la inyección de morfina que da una tregua al cuerpo y le permite almacenar energía para resistir la acción del bisturí salvador.

—Pero, ¿verdaderamente cree usted en el triunfo del loco Madero?

Don Cuco levantaba la voz con ánimo ofensivo. Don Octavio no se alteró.

—Un pueblo existe cuando tiene un sentimiento de su propia existencia. Si Madero logra despertar al pueblo mexicano de su letargo, no dude usted ni por un momento de que triunfará. ¿No lo cree usted también, caballero?

Don Octavio me espetó la pregunta como un profesor al discípulo desaplicado y distraído.

—Francamente, no tengo todavía una opinión formada.

—Andrés es reportero y sólo se preocupa por los hechos consumados —observó Toño con cierto desdén—. Pero yo le digo a usted que si Madero no consigue nada con

nosotros, es que ya estamos en trance de muerte y que los Estados Unidos están prontos a amortajarnos.

Se hizo un silencio expectante. Luego reanudó con vehemencia creciente:

—Los culpables de esta infamia son las gentes del gobierno que por ahitarse de dinero no vacilarán en entregar al país.

—Es curioso —dijo el viejo coronel cambiando una sonrisa con don Cuco, su adlátere—. ¡Toño Reyes, revolucionario!

Y todos me miraron como si ya para nadie fuera un secreto la misión que se me supone en Esperanza. Por lo que, irritado, dije:

—El hombre que a los veinte años no es revolucionario es un imbécil, dice Renan.

Entonces don Octavio me miró con benevolencia, casi con simpatía.

—Vamos a pagarle su visita a don Octavio —dijo María una mañana.

El dueño de La Cruz Alta nos dio una prueba de su talento, no se habló de política ni de filosofía. Como chicuela de colegio María saltó por el jardín y la huerta toda la mañana. Al principio la seguimos pero nos rindió y regresamos al escritorio. Nos entretuvimos con un álbum de fotografías, mientras ella, rendida de travesear, volvió con don Octavio abrumándolo a preguntas acerca de plantas, flores y frutas muy raras que él personalmente cultivaba para adorno y regalo de su casa.

Pasó por el corredor una criadita airosa y esbelta, vestida de linón muy blanco. Vi su cara redonda, tersa y fresca, suspiré con la tristeza del bien ajeno y me sentí solo, inmensamente solo.

Sin embargo, cuando María desprendió de entre los encajes crema de su blusa un clavel que había cortado en el jardín, un clavel rojo y aterciopelado como sus carrillos y lo abandonó al alcance de mi mano, fui heroico y estoico, no lo vi.

Se sirvieron platillos selectos y vinos añejos. Nos alegramos, pero don Octavio apenas desbarró un instante repitiéndome con intención la frase de Ernest Renan: “El que no es revolucionario a los veinte años es un imbécil”.

María estuvo muy seria conmigo de vuelta a la casa. ¡Tanto mejor!

Pocos días más tarde le llegó su turno a mi coronel. Pero ahora María se negó rotundamente a acompañarnos:

—Es un soldadón... muy pelado...

—En efecto —convino Toño—, toleramos sus relaciones porque el agua de la presa suele acabarse a fines de la estación calurosa y el arroyo de El Cedazo, propiedad del coronel Hernández, les queda a distancia muy corta a nuestros animales.

Mi coronel me da la sensación de un puntapié en mitad del estómago. María tenía razón. No acabamos de saludarle cuando ya nos está hablando de política con su apéndice el periodista don Cuco.

—Corral tiene un talento asombroso, sus empleados lo quieren y las mujeres se mueren por él. Exquisito y vigoroso sin rival...

Y sigue la loa de los hombres del régimen. Pineda<sup>7</sup> es un cerebro con circunvoluciones más crecidas que la cordillera de los Andes.

Y don Cuco con los enemigos:

—Chucho Urueta<sup>8</sup> un infeliz eterómano; Luis Cabrera<sup>9</sup> barrilete malagradecido de los Científicos; Juan Sánchez Azcona,<sup>10</sup> el ladrón de niños pobres.

---

<sup>7</sup> Rosendo Pineda (1855-1912), abogado y diputado. Fue secretario particular de Porfirio Díaz y jefe del grupo de los Científicos. Político conciliador entre liberales y conservadores, e integrador de jóvenes talentosos al gabinete de Díaz en las postrimerías del porfirismo.

<sup>8</sup> Jesús Urueta (1867-1920) abogado, político, bibliotecario, escritor y periodista. Fue miembro del grupo reyista pero posteriormente se adhirió al maderismo. Colaboró como político e ideólogo del constitucionalismo.

A la gran manifestación que todo el país hizo en la capital para suplicar a Corral aceptara la vicepresidencia de la República, el coronel Hernández llevó la representación de *El Mosquito*,<sup>11</sup> órgano local redactado por don Cuco. Y don Cuco declamó una oda a Corral y a *El Debate*.

Toño estalla:

—Los corralistas son la piara de cerdos flacos que gruñen furiosamente porque el cebador sólo les permite oír el mascullar ruidoso de los cerdos gordos. Tan insolentes unos como otros; pero lo que en los porfiristas es indolencia, es rabia en el corralista.

—El gobierno del general Díaz se dispone a repartir 80 millones de pesos entre los pobres, don Antonio.

—Si de tanto puede disponer, don Cuco, ¿por qué solicita como infeliz limosnero, una cotización de todos los ciudadanos para indemnizar a los huérfanos y a las viudas de los federales muertos en campaña? ¿Siente ya que la lumbre le llega a los aparejos?

Contrasta el gesto nervioso de Toño con la calma y el cinismo helado de sus contradictores.

Realizo el milagro de mantenerme al margen de las discusiones.

---

<sup>9</sup> Luis Cabrera (1876-1954) abogado, escritor e intelectual revolucionario. Apoyó a Bernardo Reyes para que fuera el sucesor de Porfirio Díaz. Se mostró indiferente ante la campaña de Madero, pero a su triunfo surgió como uno de los diputados más connotados de la XXVI Legislatura. Colaboró con Venustiano Carranza y se enemistó con Álvaro Obregón. Representa a los intelectuales que se sumaron a Francisco I. Madero luego del triunfo de éste.

<sup>10</sup> Juan Sánchez Azcona (1876-1938) abogado, periodista y político. Durante su estancia en París entabló una estrecha amistad con Francisco I. Madero. Participó como redactor del Plan de San Luis, fue miembro de la junta directiva de la insurrección nacional y se le nombró agente maderista ante el gobierno norteamericano. Asimismo se unió a la rebelión maderista en Chihuahua, asistió al ataque y toma de ciudad Juárez y acompañó a Madero en su entrada a la ciudad de México.

<sup>11</sup> *El Mosquito (Periódico político de combate)* publicado del 13 de agosto de 1911 al 23 de noviembre de 1911 en la ciudad de México.

Vicente me observa con insistencia. No pierde un solo gesto mío y me sigue por todas partes. Sospecho que es mi pesadilla impertinente y finjo no haber reparado en él.

Esta mañana, al darme las riendas de mi cabalgadura enjaezada, se acerca y me dice en voz baja:

—Que cuando pase el amo por la presa se arrime tantito al camino real.

—¿Yo?...

—Usted en persona, patrón.

—Estás equivocado, yo no tengo por aquí negocios pendientes con nadie.

—Me dieron el santo y seña. Parece que es uno de los de la Revolución...

—¿Y a mí qué me importa la Revolución?

¿Por qué, pues, permití que Vicente ensillara su caballo y me hiciera compañía?

—Noto que traes mucho gusto, Vicente.

—No es nada, patrón.

Hizo oblicua su cara entre los hombros como can amenazado.

—Yo sólo quiero decirle que no se olvide de mí... Ya sabe que para l' hora de l' hora estoy listo: soy de los meros suyos.

En su faz morena requemada por los vientos y los soles rebrilló su blanca dentadura y en sus líneas bronceadas resplandeció una llama de alegría.

—¡Caramba! ¿Tú también, Vicente? Dime, amigo, ¿qué te importa a ti la Revolución? ¿Qué diablos te da que don Porfirio esté en la silla o Perico de los Palotes?

—El viejo don Porfirio ya cansó.

—Ésa no es una razón.

—Y de más a más, él y todos los suyos no son más que un atajo de ladrones.

—Bien, vamos a cuentas: ¿cuánto te ha robado don Porfirio?

—¡Como quien dice nada! No anduviera yo por aquí arrastrándome de gato. Mire, patrón, arriende para allá donde sale el sol. ¿Alcanza a divisar entre aquellos dos mezquititos, en lo más alto de la loma, del lado de aquel nopal manso, unas casitas acanteradas?

—Sí, la hacienda de El Cedazo.

—Justo y cabal. Pues ha de saber el patrón que esa hacienda era una congregación donde mis padres y cinco de mis tíos tenían sus propiedades. Vino don Porfirio y su ley del revalúo<sup>12</sup> y a todos nos echaron de nuestras casas y de nuestras tierras como perros ajenos; nos echaron a la desgracia, a trabajar para mal comer apenas.

—Indudablemente tus parientes no tenían títulos legales de esos terrenos. Y en tal caso esto no es un robo.

—Mi patrón será muy leído y escribido; pero sólo sé decirle que si estas tierras que sudaron mis parientes desde que nacieron no eran de ellos, mucho menos podían ser de ese coronel Hernández que llegó aquí de taparrabo y que hoy por hoy no le da por medio millón de pesos su capital. A esos llamo yo ladrones, el amo deles el nombre que quiera.

Costeábamos ya la presa y abriéndonos paso por entre un huizachal cerrado aparecimos justamente en la línea divisoria de Esperanza y El Cedazo.

—Allí está —me dijo Vicente, muy emocionado, señalándome con su mano tendida la cinta ocre de una cerca.

Vi un largo huacal de otate reclinado sobre la cerca, plumones grises y blancos asomados entre los carrizos. Un sujeto en camisa y calzón blanco soplaba a dos carrillos

---

<sup>12</sup> En 1886 Manuel González (1833-1893), ex presidente de México y en ese momento gobernador de Guanajuato, aprobó la ley del revalúo, la cual consistió en un catastro de la propiedad rústica y urbana con el fin de revaluar las tierras y los bienes de éstas. La finalidad era actualizar el precio de los predios de los campesinos, sin embargo la aplicación estuvo plagada de irregularidades y propició el despojo arbitrario de tierras. En diversos estados de la República se aplicaron leyes similares a la del revalúo.



una lumbrada que había hecho con ramajes secos. El revolucionario de Vicente resultaba, pues, un pobre diablo de pollero.

—¿Ése es? —le pregunté con marcada ironía.

—El mismo —me respondió muy serio y sin detener su cabalgadura, ansioso de que nos acercáramos.

El hombre suspendió su faena y tranquilamente nos salió al encuentro.

—Los gendarmes andan muy cerca, no puedo decirle todo lo que quisiera. El lunes a las once de la noche un tren de carga dejará en el escape de la vía un furgón. Los rurales lo saben todo y están dispuestos para sorprender el contrabando. Pero como ellos no son más que diez y yo voy a estar listo para cortar los hilos del telégrafo, usted con una poca de gente los sorprende, acaba con ellos y recoge el parque y armamento que vienen en ese carro.

—Es que...

No pude continuar. El pollero, que primero me sorprendió por el acento de su voz y la corrección de sus palabras, ahora me dejó como un idiota poniéndome en las manos un fajo de billetes de banco que sacó de su tosca pechera de cuero.

—Márchese en seguida, porque perdemos el tiempo y lo perdemos todo.

—Es que...

—Que se marche.

Volví grupas más descolorido y más frío que los tepetates del camino.

Vicente apenas podía contener su regocijo, mostrándome su pistola y su cartuchera apretada de tiros.

—Te encuentro ahora muy preocupado, Andrés.

—Preocupado precisamente, no; un poco abatido quizás. Me molesta esta situación que se prolonga ya demasiado. ¡Seis meses!

Tanto María como Toño sonrieron maliciosamente, intrigándome cada vez más.

—Basta de fingir, Andrés. Si nos aprecias de veras debes tener más confianza en nosotros.

—No seas imprudente, Toño —observó María—; quiere conservar su secreto y es muy suyo.

Y sus miradas me abrazaron.

—Si tengo algún secreto, María, dígalo usted muy alto para que deje de serlo.

—¿De veras?

—Como nada oculto, puede usted decirlo todo y hasta gritarlo si así lo desea.

—Pero, Andrés, ¿no ha sospechado que todos —hasta yo misma— simpatizamos con la causa? ¿Que lo grite? Bueno, pues: ¡Qué viva Madero!...

Toño aplaudió emocionado, sus carrillos ya muy encendidos por la fiebre.

De pie, María destacaba su silueta fina y esbelta en mitad del comedor. Dos ricillos ondeaban como flámulas en su frente de marfil, sus ojos eran chispas.

—Lo que sucede es que usted está muy comprometido y ahora tiene miedo...

Sentí que su risa me espoleaba en la carne viva.

—¡Basta de bromas! María, siéntate entre nosotros. Eres irreductible Andrés, pero con tus distracciones habituales has puesto en nuestras manos el cuerpo del delito. ¿Puedes decirme qué significa esta fajilla de billetes de banco que la criada encontró debajo de tu colchón, ahora que arreglaba tu pieza?

Instintivamente llevé mis manos al bolsillo de pecho. Toño prorrumpió en una carcajada y María, regocijadísima, desgranó la suya.

—Debo decirte que desde que vinieron los de la montada en busca tuya comprendí tu actitud. Y me alegré. Porque tus primeras palabras acerca de la Revolución me desconcertaron y me lastimaron. Más todavía, dudé de ti, me inspiraste aversión, repugnancia, asco. Te creí uno de tantos literatoides de tu México, piara de ilotas de la pluma, hinchados de ruindad, eunucos llorones de la paz, incapaces de dar ni una gota de sangre por el hermano, ni por la patria, ni por su propia especie; mandrias que se pasan la vida incesando eternamente al que les llena la tripa y se quedan satisfechos con que su nombre figure como una cifra más entre los siervos miserables y corrompidos, buenos apenas para cantar a las mesalinas de sus amos.

¡Qué falta me hacía un paraguas!

Esa noche no me acordé de Toño ni de María. En la batahola de mis pensamientos danzaban el hombre de los pollos, el furgón cargado de carabinas, mil pesos en billetes de banco, la risa alegre de Vicente y las caras blancas y barbudas de los rurales. Hasta la madrugada me rindió el sueño y me quedé profundamente dormido. Pero al despertar, con alegría, vi muy claramente trazado mi camino. Recobraba la tranquilidad, abrí mi ventana para que el sol entrara a raudales.

Ni Toño ni María están en casa. Me desayuno solo cuando entra de puntillas el cocinero de blanco mandil invertido sobre un hombro.

—Oiga, niño, ¿es cierto que los revoltosos vienen haciendo atrocidades con las mujeres?

—Y hasta con los que se les parecen, Aniceto —respondo inmutable.

A las puertas del comedor me encuentro con Vicente.

—¡Hasta que te presentas con oportunidad! Te necesito urgentemente, amigo. Consígueme una blusa, un pantalón de mezclilla y cualquier sombrero viejo de petate. Todo listo en tu casa, en punto de las cuatro, ¿me entiendes?

—Entendido, mi patrón. ¿Y de armas?

—¡Qué armas ni qué demonios!

Permaneció boquiabierto, sin comprender, pero leal como perro inclinó humildemente la cabeza y salió sin chistar.

Mientras regresan del campo Toño y su esposa, busco algo con qué distraerme de mi preocupación, pero ningún motivo me atrae ni sitio alguno me acomoda; por tanto el caballerango ha de sorprenderse de encontrarme en las cuadras, extático ante las ancas peladas de una yegua de noria.

—Mi patrón —me dicen confidencialmente—, ¿es cierto que ese señor Madero viene a quitar las contribuciones y a hacer que nos paguen un peso diario?

Y Madero siempre, siempre el odioso nombre, la pesadilla de mis sueños y ahora hasta la del mismo día. ¡Maldito sea el tal Madero!

Escapo de las caballerizas y voy a las tierras en volteo.

De pronto uno de los medieros entierra su olate en el suelo, hunde la reja en los terrones y para su yunta. Caídos los hombros y la cabeza, paso a paso viene a mi encuentro:

—Buenos días le dé Dios a su mercé. ¿Cómo amaneció? ¿La señora buena? ¿Los niños sin novedá?... Por eso, pues, patrón, ¿ése don Madero pelea por la religión o por quién?

Decididamente se trata de arrojarme de esta tierra con una impresión de terror, pues apenas, de regreso, entro en mi cuarto y me encierro, llama Vicente a fuertes golpes.

—Patrón, ¿que si se le puede hablar?

A mi gesto de angustia, Vicente, con un tonillo de benevolencia que de buena gana le apagaría con los puños cerrados, me dice:

—Es de los nuestros...

Y antes que yo haya pensado siquiera en protestar, se cuela de rondón un hombrazo de líneas brutales, piel curtida, cabellos lacios muy negros, se lanza hacia mí con un abrazo que casi me despachurra.

—Vengo de mi rancho, a veinte leguas de aquí, a ponerme a sus órdenes con diez hombres montados y bien armados para l' hora de l' hora.

Y me enseña sus dientes blancos y menudos como granos de elote y su risa me contagia con su frescura, su ingenuidad y su regocijo. En un arrebato, pues, de sublime desesperación, prorrumpo:

—Soy coronel del ejército Libertador, nombramiento que me ha otorgado el mismísimo don Panchito. Lo nombro a usted mi teniente coronel y le doy amplias facultades para que otorgue entre su gente los grados que le dé su gana.

—Me llamo Romualdo Contreras López, mi coronel, para servirle. Apunte, apunte usted mi nombre en la cartera, no sea que se le vaya a olvidar... Romualdo Contreras López...

—Descuide, mi amigo, que tengo memoria de copiadador.

—La verdad es que ya urge que nos quiten a don Porfirio y a todos los bandidos de su gobierno, mi coronel. Soy dueño de una garrita de tierra que no llega ni a dos caballerías, y pago por ella de contribuciones tanto como el coronel Hernández paga por la hacienda de El Cedazo. ¿Y sabe usted lo que acaban de ofrecerle por ella? 250 000 pesos. Le digo a usted que es un gobierno de ladrones.

Me sorprende al mediodía el servicio de comedor.

—Es nuestro primer presente al jefe de las fuerzas libertadoras —me dijo Toño sonriendo.

—El primero —exclamó María con coquetería inaudita—, porque el último ha de ser una corona de laureles que yo teja con mis propias manos.

—La gente y armas que puedas llevarte de esta finca están a tu disposición. No necesitas permiso ni avisarme, Andrés. Mis rancheros son fáciles de manejar: ponles un baile, dales vino y con un grito a tiempo de ¡viva Madero!, todos te siguen. Cuando quieran arrepentirse ya los tienes muy lejos de aquí. Yo mismo te seguiría si pudiera, pero cada día me siento peor. Con todo, mi entusiasmo por este movimiento tengo momentos de una depresión tan grande que comprendo servirte sólo de estorbo. La vida misma me cansa.

Se arrasan sus ojos y sus palabras se apagan enronquecidas por la tristeza más amarga.

María huye del espectáculo del hundimiento indefectible de su marido. Ahora se distrae rebanando geométricamente un hermoso pastel.

A las cuatro de la tarde, vistiendo blusa azul de mezclilla, un pantalón tan sobrado de asentaderas como escaso de piernas, salgo de la casa de Vicente, oprimiendo el fajo de billetes tras de mi pechera, a esperar el tren en la estación de Villalobos. Tengo dinero suficiente para pasar dos o tres meses en los Estados Unidos, mientras don Porfirio da

cuenta con este loco de Madero y con su tonta aventura. Y estos billetes que tan felizmente vinieron a caer en mis manos, que la Revolución me los cargue en mi apreciable cuenta.

—Éeeese Andrés Pérez... a la reja...

El grito repercute agudo y destemplado primero, luego ronco y sordo, apagado y confuso al último, hasta perderse a lo largo de las paredes sucias y frías de la inmensa galera.

Me levanto la cintura floja de mi escaso pantalón de trapo, atontado veo a todas partes, hasta que un preso compasivo me muestra con su mano tendida la puerta, mientras sus colegas se ríen de mi inexperiencia.

—Éeeese Andrés Pérez a la reja.

El grito se repite irritado, amenazante. Me apresuro hacia el sitio donde crujen unos cerrojos. Se entreabre apenas la pesada reja de hierro y el celador, gruñendo una insolencia, me da paso.

—A la alcaidía.

Otra vez a la alcaidía. Sólo que ahora no me encuentro con el director político que me abrumba con sus interrogatorios estúpidos, sino con la silueta fina y elegante de una dama en la penumbra, sentada al extremo de una banca sucia de grasa y de polvo. Me quedo estupefacto cuando se levanta el velillo y me mira con ojos no menos pasmados que los míos.

—¡Qué facha! —me dijo sonriendo y tendiéndome su tibia y sedosa mano—. ¡Imposible reconocerlo!... Qué imprudencia tan grande la de usted, debió habernos avisado... Figúrese...

María conoce mi aventura. Pero lejos de comentarse desfavorablemente mis intenciones de huida, se me compadece por haber sido aprehendido en la estación en los momentos en que tomaba el tren y se me reputa, punto más, punto menos, como un héroe. En la hacienda de Esperanza y alrededores mi fama se ha agigantado. La coincidencia de mi encarcelamiento con la iniciación de tratados entre el gobierno y Madero en ciudad Juárez ha provocado la agitación más intensa y ahora ya todos quieren la guerra.

—Usted comprende —dice María—, Madero no es un tonto para dejarse jugar el dedo en la boca y ha hecho muy bien en exigirle su renuncia a don Porfirio. ¿Quién no habría hecho lo mismo? México entero quiere ya que ese hombre se vaya.

Su ficticia indignación la ponía más hermosa. La dejé hablar ya sin la menor resistencia a sus encantos. Me sometía sin reservas. Su ajustado traje negro, sus brillantes cabellos negros, sus delicadas cejas negras, todo estaba dispuesto para el esplendor de la blancura apiñonada de su rostro y de sus manos giocondinas.

Interrúmpese un momento, mira de un lado al otro, luego acerca su boca y me dice muy quedo:

—Toño se levanta con toda la gente de Esperanza esta misma noche para venir a sacarlo.

Di un salto, cual si me hubieran prendido una avispa.

—¡Qué disparate! Diga a Toño que no se mueva. Desde que he sido atrapado por los rurales me siento, al fin, en sitio seguro y dueño de la tranquilidad que me faltaba.

No quiso advertir mi arranque imbécil o atendía más a mis manos, que desde el principio de la entrevista se habían apoderado de las suyas. Con movimiento nervioso intentó retirarlas; pero la detuve con tal gesto de súplica que cedió, y sus carrillos se arrebolaron.



Y éste fue el instante más delicioso de Andrés Pérez, maderista.

—¡Qué amiguitas tiene! —me dijo el director político, mirando como un papanatas a mi bella enlutada que se iba, haciendo gala de su gracia y salero.

—Cuídese mucho —le respondí—, porque esta dama pudo haberme traído rifles, ametralladoras y bombas de dinamita.

—Sí, está bien; pero mientras no me explique por qué se puso esos trapos de mezclilla y ese gorro de soyate...

Por no engolfarme de nuevo en discusiones con este zote, preferí volverle la espalda y dejarme tragar otra vez por el galerón inmundo.

En mi aislamiento las ideas se me clavan con obstinación. La visita de María me intriga toda la mañana. Pienso en el levantamiento proyectado por Toño y de allí doy un salto a ciudad Juárez, bruscamente sorprendido de la debilidad catastrófica del gobierno Porfiriano, de la caída de un régimen que me parecía invulnerable y de la aurora de un cambio social que nunca creí posible.

Estos pensamientos, tan ajenos a mis preocupaciones habituales, me fatigan tanto, que al acabar de comer me tiro en un jergón y me quedo profundamente dormido.

Y de nuevo me despierta el malhadado grito:

—Éeeese Andrés Pérez a la reja...

Una visita tan sorprendente como la de esta mañana. Don Octavio, el hacendado de La Cruz Alta.

—Le tengo simpatía y quiero serle útil de algún modo, joven. El director político es mi amigo y he conseguido desde luego el permiso para que salga usted a desentumir las

piernas durante un par de horas conmigo. Los alrededores de este pueblo son muy pintorescos.

Le hago reparar en mi pobre indumentaria y le ruego me espere unos breves minutos, mientras me pongo la ropa nueva que María me envió esta mañana.

Salimos brazo a brazo. Naturalmente le relato mi penoso suceso:

—Todo es resultado de esa leyenda estúpida que se han empeñado en formarme desde Toño hasta el más humilde labriego. Me disfracé, don Octavio, para escapar de la policía que seguía mis pasos; pero mi intención fue salirme de Esperanza donde la vida se me había vuelto zozobra constante y tormento. Le juro que en la cárcel me siento más seguro que en la casa de mi amigo Toño. Dieron en ponerme en la situación más falsa y ridícula.

—En efecto —me respondió con ostensible turbación.

Permaneció callado y pensativo largo tiempo, después me dijo sonriendo enigmáticamente:

—En efecto. Yo estaba en el mismo error. Y lo siento... por usted.

—Pero ¿es también revolucionario, don Octavio?

—Tal vez sin quererlo yo mismo.

—Pues no lo creo, aunque lo oiga de sus propios labios —prorrumpí con exaltación—. Yo comprendo que sean revolucionarios Vicente el mayordomo de Toño, gente inculta; el mismo Toño que es loco desde que nació... porque usted lo sabe mejor que yo, don Octavio, esto de la Revolución no es ni puede ser más que una mentira, una mentira enorme. Los pueblos han derramado siempre su sangre por arrancarse de sus carnes a los vampiros que los aniquilan, pero no han conseguido jamás sino substituir a unos vampiros por otros vampiros. Emperadores, papas, reyes, presidentes, su nombre poco importa, son y

han sido siempre los mismos. Es ley de la vida que el fuerte devore al débil y se nutra de él. Eso fue y será...

Inclinó la cabeza y permaneció mudo unos instantes. Paseábamos a lo largo de una avenida de frondosos olmos, dorados por el sol poniente. El silencio del bosque era propicio para las confidencias.

—Las convicciones, amigo mío, son unas, los actos del individuo otros —me dijo luego de recapacitar—. Usted no comprenderá la lógica del ateo que en un momento de suprema angustia vuelve los ojos al cielo e implora al vacío, si usted no sabe que atavismo y herencia son inmensamente más poderosos que la fuerza aislada de nuestro yo; porque esas fuerzas estarán siempre prontas a caer como una masa aplastante, apenas ceda un poco la fuerza de la inteligencia a cualquier otra, como a la del dolor, por ejemplo. Usted no comprenderá al individualista anarquista que en un instante angustioso para su país se lanza a la guerra, si usted ignora que el que niega la patria, el que detesta al militar, en el instante supremo en que oye la voz de su raza, todo lo olvida por ella porque significa una fuerza infinitamente superior a la de un cerebro atiborrado de doctrinas. No podrá comprender a un hombre de alta cultura que sabe plenamente que “el universo soy yo” y que el día que vio a un hijo suyo arrebatado por la corriente de un río caudaloso, se arroja a salvarlo, a perecer ciegamente junto a él, si no comprende que la fuerza de la especie es enormemente más poderosa que la del yo, de ese pobre yo, de ese ridículo y fatuo yo a quien en momentos supremos de la vida, atavismo, raza, especie, etcétera, lo descubren en toda su insignificancia y en toda su impotencia.

—El mundo marcha, don Octavio. Hoy, por ejemplo, nadie se mata ya por ideas religiosas. Un día nos convenceremos de que la Justicia es sólo una palabrota; ese día la guerra por la justicia dejará también de existir.

—Las sociedades tienen esa noción de justicia por una necesidad ineludible del espíritu. Es verdad que ahora quizás no sea sino una palabrota...

—Y una palabrota tonta en pugna con las leyes más elementales de la vida.

—¿Eso qué importa? La epopeya del hombre comienza con su aparición en el planeta; su lucha terrible contra la misma naturaleza, su mortal enemigo. ¿Qué es la ciencia sino el contingente de conocimientos acumulados por el hombre contra los elementos del cielo y de la tierra que lo hostilizan desde que nace hasta que se muere? La justicia es ahora una palabra ¿Y qué? La electricidad ayer era el rayo que mata y ahora es la obediente y doméstica fiel de esta pobre rana desnuda. Para domeñar la electricidad han sido necesarios muchos cientos de siglos, para hacer algo efectivo de la palabra justicia quizás sean precisos muchos millones de siglos. ¿Y qué? Cuestión de tiempo.

—Entonces ¿qué me importa a mí la justicia?

—Cuando me afeito por la mañana, no me pregunto si viviré al mediodía. Cuando laboro por un ideal de justicia, no me importa saber si dentro de cien o de un millón de siglos se habrá agotado la especie por la que trabajo. Y porque los hombres han podido pensar así, hemos podido alcanzar una etapa superior a la edad de piedra, por ejemplo.

Pasábamos cerca de un matorral, de entre las zarzas se levantó un gavián con una torcaz en sus garras. Un grito agudo mío lo hizo huir, soltando su presa. Cogí con mis manos el pajarito horriblemente eventrado, caliente todavía, dejando plumas rojas de sangre y fragmentos de sus vísceras entre los cardos.

—Explíqueme esto, don Octavio. ¿Ese gavián es criminal? ¿Esa torcacita que hace unos momentos estaba devorando gusanitos vivos sería también criminal?

—¿Cuál es su ideal en la vida, joven?

—Cuentan que Théophile Gautier ofrecía sus derechos de ciudadano por ver a Giulia Grisi en el baño...

Esa noche tuve pesadillas: don Octavio, el de La Cruz Alta, predicaba el sermón...

Después de un frugal almuerzo —delicadezas de María— espero con ansiedad la visita que me prometió “si aún es posible”.

Son las doce y no viene. ¿Será capaz ese loco de Toño de levantarse en armas?

Entonces advierto cierta inquietud en la prisión y la insistencia con que los presos me miran. Vaga zozobra me asalta, un malestar indefinible me oprime. Una idea, un pensamiento vertiginoso me llena de pavor. ¿Un atentado? No, sería incalificable. Soy inocente. Pero vivimos momentos en que el atentado es normal. Un sudor frío corre por mi espalda.

Un preso me saca, por fortuna, de ese estado de mortal angustia.

—Vengan acá esos cinco jazmines y ¡viva Madero!...

La odiosa palabra por primera vez me suena a gloria. Acaban de descubrir en la prisión quién soy. Y la agitación de los detenidos obedece a las últimas noticias: mi gente se ha levantado en armas y viene ya en camino a sacarme de la cárcel. Naturalmente conmigo sale libre toda la prisión. Se sabe de un levantamiento general en las haciendas, de un encuentro con los rurales del Estado, aunque con detalles contradictorios e inverosímiles.

Mis nervios se tienden a reventar.

Al atardecer hacen llegar a mis manos, con mucho sigilo, una hoja local. Ansiosamente leo las negras líneas del encabezado:

Gran levantamiento en la hacienda de Esperanza. Los rebeldes se apoderan de un carro de armamento detenido en la estación de Villalobos. Derrota de las fuerzas del gobierno y muerte del cabecilla de los rebeldes, Antonio Reyes.

La tarde es interminable, me abruma mortal tristeza y mi mente entenebrecida es ajena al regocijo y loco entusiasmo de mis compañeros. Necesito fingirme enfermo. Recluido en un cuartucho inmundo encuentro en la soledad consuelo para mi dolor.

Paso una noche inquieta. Despierto muchas veces y mis lágrimas mojan mi almohada.

Al otro día el agua fría me devuelve un poco la calma.

¡Toño Reyes supo morir! Quedar atravesado por una bala en la inmensidad de la llanura yerta, bajo el cielo impasible, es algo mejor que morir entre cuatro paredes con un tubo de cristal en la boca, aspirando oxígeno.

Mi propia vida me escuece. Egoísta y ferozmente razonadora, apenas ha sido una vida estúpida.

—¡Don Octavio tiene razón!

Durante cuatro días agonizo con mi dolor. La vigilancia se ha redoblado, a nadie se nos permite ya hablar en la reja. La misma comida que recibo de fuera queda decomisada.

A las nueve de la mañana, dos correccionales horriblemente sucios y haraposos entran con un perol de atole, un canasto de tortillas y un barril de frijoles sancochados. Se desprende un olor agrio y nauseabundo. Los presos se acercan a recibir su ración en sucias cazuelas de barro. Yo, que durante cuatro días no he probado un mendrugo, ahora encuentro delicioso el atole blanco y las tortillas nejas y duras.

Cada día se agiganta más en mi alma la imagen de Toño Reyes, y bajo su grandeza, que es como una inmensa sombra que me lo oscurece todo, siento mi enorme pequeñez.

¡Soy un ser mezquino, un ruin, un inútil en la vida universal! Mi egoísmo me ahoga.

Don Octavio tiene razón.

—Andrés Pérez, a la reja...

No es el grito destemplado e insolente. Ahora se me llama con voz cortés, casi suplicatoria. El mismo señor alcaide viene a darme la buena nueva: estoy en libertad absoluta.

Y esta pobre gente con mirada apagada, turbia y oblicua, sufre un sacudimiento. Los ojos cintilan de pronto con brillo de espadas y me interrogan con angustia.

Intento alejar al alcaide para darle palabras de aliento y esperanza y calmar su agitación.

—Señor alcaide, ¿sería tan amable de recoger mi cartera que tiene en su poder el director político?

—Aquí la tiene, él mismo me ha encargado entregársela.

—Sí... pero yo traía diez billetes de a cien y aquí solo uno aparece...

Muy turbado, el alcaide me da excusas que no comprendo, que él no... que esto y que lo otro.

Entretanto desanudo el paquete que María me envió, después de su visita.

—¿Qué dice usted? ¿Qué el señor director político se ha ausentado? ¿Escapado, dice usted? Perfectamente... con mis billetes.

Vuelto un manojo de nervios el pobre hombre me hace señas para que me acerque; me ruega que baje la voz y no lo diga delante de la prisión. Me suplica que salgamos en seguida y me vista en la alcaidía.

—No tengo prisa alguna, señor alcaide, permítame ponerme aquí mismo mi ropa.

Apenas me miran los presos de pie con el flamante vestido de caqui, mis polainas barnizadas, mi panamá con ancha tira de seda tricolor, prorrumpen en estruendoso aplauso, con todo y las prohibiciones del reglamento. Hasta se oye un tímido grito de ¡viva Madero!

Entonces llega un rumor sordo, lejano, que llama profundamente la atención de todos.

—Los maderistas —dice alguien.

Las caras empalidecen con expectación tremenda. El alcaide me saca de la galera casi a empellones y al punto se escapa. Los presos se quedan mudos, silenciosos y amenazantes.

He franqueado la reja de hierro, el cabo de guardia manda a la escolta que calen bayonetas. Hay rostros blancos como el papel. Las bayonetas entran en los cañones de los fusiles con ruido extraño que acusa temblor de manos. El rumor se aclara en gritería y la gritería se acerca creciente, atronadora como tempestad.

Mi corazón late con violencia. Me acerco a la puerta de la calle y veo un inmenso mar humano desbordándose por las avenidas. La plebe, exaltada, se aprieta en las banquetas y forma racimos humanos en las rejas de las ventanas. Y por en medio viene la caballería de los maderistas, el azulear de sus blusas de mezclilla, el vaivén de sus toscos sombreros de soyate y el flamear de las cintas tricolores a guisa de toquillas. El vocerío es ensordecedor.

Adentro, los soldados como estatuas, esperan en sus sitios. Tengo una idea:



—Abran la reja. Todos los presos en libertad —grito con voz de trueno, con la seguridad de ser obedecido.

Los cerrojos se corren al instante. Los hombres, tímidos todavía, vacilantes, incrédulos, comienzan a salir cautelosamente, luego se precipitan en avalancha, gritando a voz en cuello:

—¡Viva Madero!

He salvado, pues, a la escolta en los momentos precisos en que entra la muchedumbre por la calle de la cárcel. Se acercan las caras quemadas, toscas, de miradas ardientes, las cabezas crespas y erguidas, los pechos anchos y cruzados de cananas.

Toda esta gente me es conocida. Pero siento que por encima de ellos algo flota que los eleva y que los ennoblece: el espíritu de Toño Reyes.

Atruenan los vítores, cuando de pronto un maderista gallardo y erguido se alza entre la multitud y me llama. Es Vicente, el mayordomo de Esperanza. Me cohíbo y me niego a montar en el alazán de Toño Reyes que me trae de la brida. Un rubor intenso me quema; pero no es ya sólo Vicente, sino los peones de Esperanza, mis compañeros de prisión y todo el pueblo, quienes me levantan como una pluma y me suben en el caballo, en medio del atronar de los vivas a Madero y al coronel don Andrés Pérez.

Y he de recorrer las calles a la cabeza de la columna. En tremenda gritería se ahogan los repiques de los campanarios, los cohetes del pueblo regocijado y los disparos al aire de la turba maderista.

Cuando al final del desfile, pletórico de entusiasmo, de ilusiones y de esperanzas, el pueblo me ha contagiado de su fe y de su regocijo, y rindo en lo más íntimo de mi alma un recuerdo a mi ingenuo amigo Toño, me sorprende entre la multitud informe una cabeza cana, una cabeza blanca, una cabeza que se levanta y busca con obstinación mis ojos; una

cabeza que tiene el poder suficiente para fijarme: sus ojos aguilinos se me clavan y su sonrisa de sarcasmo, sonrisa de Mefistófeles.

¡Mi amigo don Octavio!

Los acontecimientos se sucedieron con tanta rapidez que acabé por perder mi libertad de acción y de pensamiento. Al bajar de mi caballo, una multitud de delegados me rodeó, presentándome sus felicitaciones por el éxito de nuestra santa causa, y cada quien se disputaba la primacía de mi mano tan poco olorosa a pólvora. Distinguíase por ganarme la atención un pequeño hidrocéfalo. “¡Cuidado, que es el cacique gordo!”, me dijo al oído el rapista del pueblo. Volví la cara y me encontré unos ojos negros y unos bigotes enroscados; el hombre se hizo tres dobleces y me saludó en nombre de “Sufragio efectivo. No reelección”, club de zapateros, barberos, panaderos, etcétera. Luego otro tipo amarillo y gelatinoso como sanguijuela, se inclinó reverentemente, las manos sobre el pecho, bajó los ojos, y musitó: “Dios, patria y libertad”.

No sé cómo fue ello, pero de pronto me sentí arrastrado, metido a viva fuerza en una carretela, codo a codo con el pequeño hidrocéfalo, jefe de los caciques locales. Bajamos en su propia casa donde nos esperaba un grupo de barbones, vestidos de caqui nuevo, botas amarillas y sombreros de paja con anchas cintas tricolores.

Me quedé estupefacto: el coronel Hernández, don Cuco el periodista, los enemigos más rabiosos de Madero, militando ahora en nuestras filas.

Nos abrazamos efusivamente. A las primeras copas convinimos en que todos habíamos llegado, aunque por diversos caminos, al triunfo de nuestra santa causa.

Cuando pude reaccionar y darme cuenta cabal de mi absurda situación, mi primer pensamiento fue buscar la salida, huir, correr como un loco o un desesperado. Pero vinieron más copas y con ello se extinguió la poca lucidez que quedaba en mi cerebro.

Se comentan con calor los últimos acontecimientos: los escándalos en la capital, la salida a escape de Porfirio Díaz, el ataque de los maderistas a ciudad Juárez, y el triunfo completo de la Revolución. El general Hernández (ahora el coronel ha ascendido a general por no haber grado más alto) comenta cínicamente la coincidencia de su levantamiento en armas, con la salida del general Díaz a Europa.

Las fuerzas del general Hernández ascienden a veinte hombres. Pero tiene un problema que resolver: siendo todos coroneles, mayores o capitanes cuando menos, les faltan soldados.

—Muy sencillo —responde don Cuco muy grave—. Como ya la lucha terminó, vamos a tener soldados de sobra.

Por lo demás yo lo encontraba todo perfecto. Si rodamos debajo de la mesa el general Hernández y yo, no fue por discrepancias políticas ni militares, sino por una alusión que se permitió acerca de mi amistad con la viuda de Toño Reyes. Seguramente nos repartimos sendas bofetadas porque conservo una equimosis en la cara y, según datos fehacientes, el general amaneció con un ojo amoratado y un chichón en la frente. Después de ese suceso no sé lo que ocurriría. Desperté en muelle lecho y en una casa absolutamente desconocida. Cuando comencé a vestirme, sorprendido, se entreabrió la puerta y asomó Vicente:

—Mi coronel...

—Adelante...

—Una carta de la niña. Llegó anoche, pero mi coronel estaba un poco alegrito... digo, dormido...

Una tarjeta orlada de negro me anunciaba la llegada de María y la dirección de su nuevo domicilio.

Las emociones más opuestas chocan en mi pecho. La muerte tan reciente de Toño; mi deber de ir a visitar a la viuda. Pido agua para refrescar mi cabeza ardiente. Entretanto mi hospitalario hidrocefalo viene a hacerme chistes de la peor especie.

Trata de congratularse conmigo para que le extienda un nombramiento de teniente coronel, al que se cree ya acreedor por sus servicios y lealtad a la causa revolucionaria.

Casi tengo que amenazarlo con mi revólver para que me deje marcharme a la calle sin su compañía. Pues cuando me disponía a salir se me presentó ya con el uniforme de maderista, las cananas cruzadas sobre el pecho y el sombrero panameño con su cinta tricolor.

El pueblo inundado de maderistas me permite vagar de un lado al otro, sin llamar la atención de nadie.

La tarjeta de María pasa y repasa entre mis manos. Son dos renglones, no más, pero dos renglones que me obseden<sup>13</sup> con un pecado mortal. Pero Toño me importuna al mismo tiempo. Él, atravesado por una bala en medio de la llanura desierta y bajo la impasibilidad del cielo.

Como la población es pequeña, pronto encuentro la calle donde María ha venido a residir. Una fachada sencilla, una gran moña negra en la puerta.

Me clavo en la esquina, sin saber qué pensar, ni qué hacer.

---

<sup>13</sup> La palabra obseder, no registrada en el *DRAE*, proviene del verbo latino *obsidere*, que significa asediar.

Un muchacho pasa voceando *El Pueblo Libre*.<sup>14</sup> Tomo un ejemplar y pregunto la hora de salida del tren a México.

—El tranvía sale dentro de media hora para la estación mi jefe.

Despliego el periódico y leo sin entender lo que leo, porque nada me interesa: es algo meramente automático y sin sentido. Pero de pronto un encabezado me fija y me aparta de la mágica fachada.

Los maderistas de última hora: en los momentos en que vemos, asombrados, cómo se desmorona la administración porfiriana, enorme como un almiar de rastrojo, poderosa como un ejército de palmípedos, podrida como una casa de lenocinio, un enjambre de negros y pestilentes moscones escapados de ese antro donde nunca pudieron ser sino abyectos y despreciables moscones, ahora viene hambrienta a echarse sobre las primicias de la revolución en triunfo. La canalla que no conoció otras armas que las del incensario ni tuvo más aptitudes que las del reptil, se endereza vacilante, se cruza cartucheras sobre el pecho y se prende cintas tricolores. Y son ellos los residuos excrementicios de la dictadura, la piara de lacayos sin dignidad ni conciencia... son ellos, los eternos judas de todos los gobiernos, de todos los credos y de todas las religiones...

Suspendo sofocado la lectura. Siento vibrar en estos renglones el espíritu de Toño Reyes como látigo. Decididamente tomaré el tranvía. Faltan pocos minutos. Por última vez clavo mis ojos en la puerta cerrada y en las canterías, y sofoco un suspiro.

Se oye un vocerío por el rumbo del cuartel de los maderistas, luego un disparo. Me detengo como los transeúntes, asustado. Mucha gente atraída por el escándalo se encamina al cuartel más tarde, con enfermiza curiosidad. Una nueva descarga cerrada hace retroceder a los curiosos que se dispersan. Las mujeres se refugian en los zaguanes, en las tiendas; pero en breve, puertas y ventanas se cierran con estrépito.

Oigo gritos sordos y confusos:

---

<sup>14</sup> *El Pueblo Libre*, editado en ciudad Porfirio Díaz, Coahuila. La única referencia que se tiene de este periódico es la edición del 25 de junio de 1911, que coincide con los hechos históricos que se narran en la novela.

—¡Viva Madero! ¡Viva la Revolución!

Un maderista pasa corriendo y lo detengo:

—¿Qué ocurre?

—Acaban de matar al capitán, mi jefe.

—¿A quién?

—A Vicente, mi coronel.

—¿Al mayordomo de Esperanza?

—Su valiente compañero de armas lo acaba de asesinar —me dice don Octavio, que llega jadeante—. Vengo de verlo. He sido testigo de esta villanía.

—¿Usted en el cuartel, don Octavio?

—Desgraciadamente. El coronel Hernández me hizo que lo acompañara a felicitar a los rancheros por la valiente batida que les dieron a los rurales, quitándoles el carro de parque de la estación. Una condescendencia tonta. Pero nunca me imaginé lo que allí iba a ocurrir. El coronel se ha presentado exigiendo que se le reconozca como jefe de la fuerza. Vicente fue el primero en protestar con energía. Gritó el coronel Hernández y más recio le respondió Vicente. Aquél amartilla su pistola y éste con infinito desprecio le escupe la cara. Si ese imbécil de don Cuco no desvía el cañón del revólver de Vicente, en vez de que la bala se hubiera incrustado en la pared se la mete en el pecho a ese miserable Hernández. Pero entonces ocurrió lo inverosímil, lo inexplicable, lo absurdo. El monstruo fascina con sus gritos salvajes a los infelices peones de Esperanza. Y a los propios hombres de Vicente les ordena que lo desarmen, lo aten y le formen cuadro. Vicente cayó desplomado con los ojos abiertos, asombrado sin duda de ver a los que nacieron esclavos..., esclavos todavía, esclavos hasta morir... ¡eternamente esclavos!

Miré intencionalmente a don Octavio, yo quise que mis ojos le dijeran mi triunfo aplastante y brutal. Pero él ya no se ocupaba de mí.

—La infamia de este canalla ha sido tan grande que ha obligado a estos parias a desfilar ante el cadáver de su jefe, gritando: “¡Viva Madero! ¡Viva la Revolución!”. Estos maderistas de pega... los de ocasión y última hora. ¿Qué opina usted?

Su misma mirada de ayer me confunde y me abraza. Cualquier intento de sincerarme sería inútil. Me salgo, pues, por la tangente:

—Pues opino, amigo don Octavio, igual que usted: ¡Qué viva Madero y qué viva la Revolución!

Se chupó los dientes y sin despedirse me lanzó a la cara:

—¡Cerebro de pájaro!

Me encaminé al encuentro del tranvía que asomó en la bocacalle; sólo que al pasar por el zaguán de la casa de María me detuve, vacilé un instante y penetré.